

Hagood, ex cantante de la orquesta de Dizzy Gillespie. Sus interpretaciones de *I'll Remember April* y *Gone With the Wind* fueron esfuerzos sobrehumanos con chapuceros finales al estilo Sarah Vaughan. Estuvo mejor con *Oopapada*.

Este concierto estuvo muy lejos de ser lo mejor que Granz ha dado a conocer hasta la fecha.

* * *

En Salt Lake City y con la valiosa ayuda del renombrado *disc-jockey* (*) local Al (Jazzbo) Collins fué también presentado al auditorio del South Hi, el JATP de Norman Granz. El concierto estaba anunciado para las 9 de la noche y a las 8:30 ya se habían agotado las localidades. La ciudad, con verdadero entusiasmo, iba a disfrutar por primera vez la visita de algunos de los grandes intérpretes de jazz del país.

El primer número fué *How High the Moon*, interpretado magistralmente por todo el grupo, sobresaliendo Tommy Turk al trombón. A continuación Howard Mc Ghee se desplegó sobre *I Can't Get Started*, acompañado maravillosamente por la sección de ritmo.

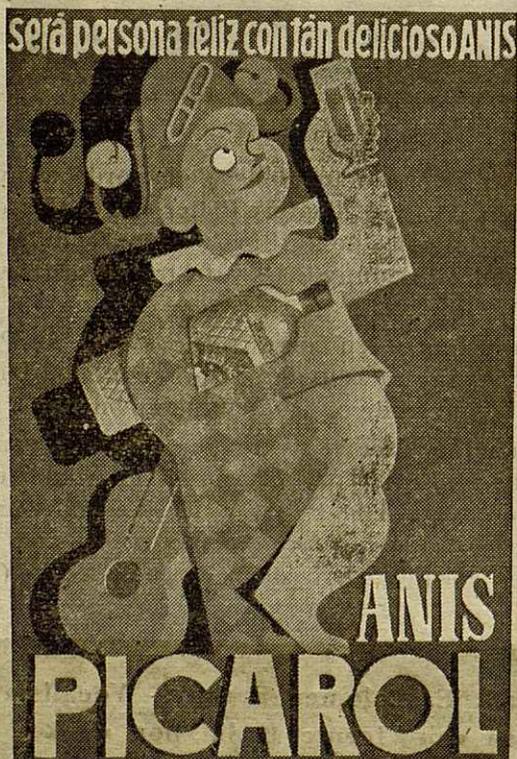
Después de un corto intermedio, Coleman Hawkins interpretó *Sophisticated Lady* y *Body and Soul*. Y seguidamente todo el grupo, con Flip Phillips a la cabeza finalizaron su actuación con *Flying Home*.

Los constantes aplausos durante todos los números fueron una gran dificultad para los que habían ido al South Hi a escuchar las interpretaciones de los grandes *bop men*.

De «Down Beat», por E. COLOMER BROSSA

(*) En muchas de las emisoras de radio de los Estados Unidos tienen lugar unos programas a base de presentar discos de jazz al público. A los presentadores de los mismos se les da el nombre de DISC-JOCKEY.

Socio: Lee nuestra «Publicación»



ZIG - ZAG

Vocalistas de «a tutta voce»

Un vocalista sin micrófono es un gallo sin garganta. - Séneca

Esta cita no la escribió nunca Séneca; la hemos escrito nosotros, pero le hemos puesto debajo el nombre de Séneca como podríamos haberle puesto el de Shakespeare o el de Jardiel Poncela. Pero orillemos la fraseología codornicesca y vayamos a la anécdota que motiva este inarticulado articulito, y de la que fuimos testigos presenciales.

En el último baile de temporada celebrado en X., vimos actuar a una orquesta frente a un cacharrito inútil. Me explicaré. El cacharrito en cuestión era un micrófono que no funcionaba por falta de luz, y un micrófono que no funcione por falta de luz no me negarán Vds. que no sea un cacharrito inútil. La orquesta, pues, estaba visiblemente contrariada por aquel contratiempo, pero aún lo estaba mucho más el «vocalista», que si bien podía lucir un frondoso bigote a lo Negrete, no así los aterciopelados registros de su voz de oro. (¿No es así como se denominan siempre las voces de los cantantes aunque tengan ecos de regadera?) El inconveniente parecía tan insoluble que la orquesta ni sabía como empezar su actuación. Y el cacharrito seguía allí, en el centro, tan inútil como antes. Un guasón del público aconsejó gritando: «Que'l facin anar amb carburo!»

Finalmente, y con caras largas, los «saxos» mordieron la cola de sus instrumentos y empezaron con un pasodoble, cuyo título —¡oh, paradoja!— creo era «Luz de España». Después siguió un «fast tempo», muy «electrizante», pero incapaz de infundir vida al cacharrito en cuestión. A cada intermedio las mismas lamentaciones por parte de los elementos de la orquesta. El «vocalista» ponía una cara de artista de Liceo fracasado que daba grima. Alguien le recordó que aun no hace muchos años los «vocalistas» cantaban «a tutta voce» con sus altavoces de embudo y todo iba tan bonitamente, por cuyo motivo se le sugería —creemos que de buena fe— que hiciera otro tanto. Pero tal amonestación sirvió para ofender seriamente —susceptible que es uno— el amor propio y el arte del moderno cantor el cual, por toda respuesta, lanzó, a quien tal cosa le proponía, una olímpica mirada de desprecio.

Y ahora digamos, volviendo a la senda de nuestra seriedad, que, hoy día, por las especiales condiciones de instrumental en que se desenvuelven las orquestas, y por la gran cantidad de repertorio melódico que se interpreta —vivimos en el imperio del «bolero»—, se les hace necesario e imprescindible un buen equipo microfónico. Inconvenientes o ventajas —vayan ustedes a saber— de esos inventos en los que nos hemos viciado poco a poco hasta el extremo de considerarlos insustituibles.

Pero digamos otra cosa. Con lo antojadiza e informal que en estos tiempos nos está resultando la señorita Electricidad, no estaría de más aconsejar a las orquestas de Jazz se procuren un repertorio especial para restricciones y unos altavoces de fibra para que el público se entere de algo de lo que dicen los «estribillos» de las canciones de moda. ¡Qué bonito y edificante ver a una orquesta entonar, a coro, como antaño, una canción por el estilo de aquel «charles», de nuestra adolescencia:

«Mama, cómprame un negro,
cómprame un negro en el bazar.»

IÑIGO